



AÑO III

SAGVNTO - DICIEMBRE - 1.959

NÚM. IV

Director: VICENTE J. AMIGUET UBEDA

Nuestro Teatro Romano, como teatro al aire libre



El gran poeta Man Moreas, dijo: «En la divina Atenas, el viento que mueve un trapo, hace de este trapo una obra maestra», esto lo dijo al ver el encanto maravilloso del arte que se desprende al contemplar una representación teatral en el fondo magnífico del Estadio. Y es que los espectáculos realizados al aire libre en lugares como son el Estadio de Atenas o el Teatro Romano de nuestra ciudad, embellecen de tal forma la obra representada, que traslada al público inconscientemente a aquella época griega de esplendor artístico y teatral, porque es tal la hermosura de la escena, y tan maravilloso el ambiente que adorna estas representaciones que hasta los espíritus menos escogidos, se sienten sobrecargados de una emoción inmensa que hace vibrar hasta las más recónditas fibras de sus corazones.

Moreas enamorado de Atenas, y con un espíritu tan sensible como el suyo, cantó

con versos prodigiosos estas alabanzas de la tierra y del arte griego, como otros autores, poetas e historiadores, han cantado con igual belleza poética, la hermosura de nuestro Teatro Romano.

Los primeros elogios que se conocen acerca de nuestro Teatro, aparecen en la célebre Crónica del Moro Razis cuando decía: «Etem Monviedro hay un palacio fecho sobre el mar por tam gran maestria, que mucho se maravillan las gentes de que lo ven porque esta es fecho», la frase de «palacio fecho sobre el mar» parece ser una falsa interpretación de traducción, pues la palabra árabe *Mahlab*, traducida por palacio, debiera de ser interpretada como lugar de juego o reunión, ya que las palabras árabes que comienzan por *mab*, son generalmente nombres de lugar. Asimismo Dozy, le da los significados de teatro o anfiteatro, basándose en la obra de Pedro de Alcántara.

En el siglo XIII otro poeta árabe, Yacut, también canta las bellezas de nuestro Teatro en sus célebres frases: «Murbaiter tiene un teatro que es cosa de pasmo y maravilla» y a continuación añade: «Cuando uno sube por él, baja y cuando baja sube», sin embargo esta paradoja no ha podido ser descifrada ni aún por su compatriota Elcazini, el cual sólo supone que ha querido decir con ello «alguna de sus cosas notables».

Posteriormente, Almakasí, elogia también este teatro romano, considerándolo como una de las construcciones romanas más notables de España y del extranjero.

Poetas, escritores y artistas han elevado poesías y cantos a la belleza de este Monumento Nacional, lo cual es una demostración de la incomparable y majestuosa excepción del mismo. Todo aquel que ha tenido la suerte de ser espectador de alguna de las representaciones teatrales realizadas en este teatro romano, ha quedado extasiado y sorprendido por sus condiciones acústicas, por la belleza de su arquitectura y por la grandiosidad de su escena con el telón de fondo del esmeraldino naranjal saguntino, cortado en el horizonte por el azul turquesa del Mare Nostrum, y teniendo por cúpula el artesonado maravilloso del cielo recamado por las parpadeantes estrellas de nuestros atardeceres mediterráneos, es algo tan majestuoso, tan lleno de belleza y de poesía, que no es posible olvidarlo...!

Y como esta grandiosidad no puede ni debe quedar abandonada, ya desde hace años vienen representándose obras que necesitan este marco especial y adecuado para que pueda encajar la maravillosa poesía de las mismas. Por eso aquella «Numancia» no se olvida y por ello también «La destrucción de Sagunto» grabó época en la historia teatral de las representaciones al aire libre, y ahora vienen los versos de Esquilo de su «Orestíada» a hacer vivir nuevamente momentos memorables que harán revivir aquellas escenas trágicas de su trilogía formadas por Agamenón, Las Coéforas y las Euménides.

De las setenta tragedias que escribió este gran poeta helénico, solamente se conservan siete, pero sus impresionantes versos, escritos 500 años antes de Jesucristo, se oyeron nuevamente y con toda su religiosidad ante las

históricas cáveas que fueron testigos de otras gloriosas tragedias escénicas, y también reales y humanas que elevaron hasta el cielo la majestuosidad de su sacrificio, grabando sobre estas piedras la grandiosidad de su heroísmo.

Esta tendencia de realizar las representaciones teatrales al aire libre, es hija del pueblo griego, que fue el creador de este arte escénico, ya que su gran amor a lo bello cristalizó en estas representaciones en que escenificaban con los versos de sus inspirados poetas, sus tragedias, costumbres y también sus conflictos religiosos-bélicos. Esta tendencia del teatro al aire libre fue luego desapareciendo hasta la Edad Media en que aparecieron con nueva pujanza, para volver luego a decaer, hasta que en el año 1895, en Bousang, Mauricio Pattecher realiza unos ensayos al aire libre en la ladera natural de una montaña, con el decorado de sus árboles y campos, ya que el viento que mueve las hojas y la naturaleza misma, crea un mundo de sorpresas que embellecen estos espectáculos.

Más tarde, el Dr. Pedro Corneille organiza unas fiestas al aire libre en el parque de un antiguo castillo. En Toulouse también se realizan unas representaciones de obras clásicas y tragedias, como «Edipo, Rey», «Atalia», «Electra», etc., con magníficos resultados artísticos.

En las laderas de la colina Champigny sur Marne, Alberto Darmont funda un teatro en 1905, que lo inaugura con la tragedia de Pélamon, «Semíramis», y Genier surge como gran defensor de esta clase de teatro, diciendo que debían de restablecerse como en la antigua Grecia, en una forma semicircular, pero con un estrado, como en la Edad Media.

Basándose en esta teoría, Jacomet realiza estas representaciones en el espacio situado ante el palacio de los Papas en Aviñón, teniendo como fondo de escenario las enormes murallas de la inmensa mole del palacio hasta la escalera que conduce a la Catedral de Nuestra Señora de Dams. Allí se representaron «La hija de Rolando», «Macbeth», «Hamlet», «Petrarca y Laura», etc., con unos efectos maravillosos y resultados sorprendentes.

En el teatro medioeval de Carcasone, en el teatro romano de Orange y en las arenas galorromanas de Saintes, se realizaron tam-

bién por entonces representaciones teatrales clásicas maravillosas.

En Alemania inicia estas representaciones el literato Ernesto Vachler con la obra de Harz, «Bergtheater», emplazando la escena en el mismo lugar en que la leyenda señalaba celebraban las brujas sus aquelarres. Las localidades las tallaron en la misma roca, con el escenario también fue conseguido vaciando la piedra y teniendo como fondo la maravilla de sus montañas y bosques umbríos.

En Dinamarca, en sus bosques de ensueño de Klempenbergh, junto a Copenhague, se realizaron obras clásicas en un ambiente verdaderamente excepcional.

Más tarde, en el Estadio de Delfos, en 1927, se representa «Prometeo, encadenado», a cuyo acto acudieron espectadores de todas las partes del mundo dada la hermosura del lugar y la grandiosidad del espectáculo.

Y no se puede hablar de teatros al aire libre sin mencionar el Teatro de Siracusa, del cual decía Cicerón que era el más grande y magnífico del mundo. Se restauró, y en 1912 fue escenario prodigioso de «Las Coéforas» y, en 1914, de «Agamenón», desde que los versos de Esquilo se escucharon en este ambiente excepcional, vienen sucediéndose las representaciones teatrales de las tragedias clásicas, como «Las Bacantes», «Edipo, Rey», «Los siete contra Tebas», «Antígona», etc.

En el anfiteatro de Ostia se han representado también estas obras de Esquilo y los dramas de Sófocles y Eurípides. También en Italia, en el teatro de la Arena, de Milán, ha sido escenario de grandes tragedias y óperas con resultados maravillosos.

Y como cosa grandiosa y más moderna, es preciso citar los teatros al aire libre del lago del jardín del Palacio Lazienka, y el de Hollywood en California, que han sido y son escenarios de los más bellos y grandiosos espectáculos literarios y musicales.

En España tenemos el teatro romano de

Mérida, donde se realizan anualmente festivales teatrales maravillosos, como también en las murallas de Tarragona, en el teatro griego de Montjuic y en nuestro teatro romano saguntino, no tenemos por eso que envidiar los grandes teatros al aire libre del extranjero, pero lo que sí tenemos que hacer es estimular estas representaciones tan maravillosas, en que además de que sirven para que se vayan conociendo todas las obras de la literatura clásica, sirven también, como dijo Rafael Marquina, «para que el pueblo se acerque al arte, y que en el decaimiento del teatro español, éste era un medio para vigorizarlo al volver los ojos a este escenario de la naturaleza».

Debemos, pues, ante estas manifestaciones de este gran literato español, apoyar estas representaciones al aire libre, símbolo de cultura y de afán de extensión de la misma; para ello, lo principal es disponer del escenario adecuado; nosotros tenemos nuestro Teatro Romano, pero hay que terminar las obras de restauración, pero con la subvención que se concede es de todo punto imposible por la escasez de la misma. Por ello, cuando el Ministerio concedió a Valencia dos millones de pesetas para la construcción de un teatro al aire libre en el Jardín del Real de los Viveros, el Centro Arqueológico Saguntino propuso al Excmo. Ayuntamiento de Valencia que se iniciasen las gestiones para que esta cantidad se invirtiese en la completa restauración de nuestro Teatro Romano, con lo cual Sagunto, Valencia y España entera tendría un local único, soberbio y maravilloso como no lo dispone nadie, ya que sus condiciones acústicas, su emplazamiento y su historia son premisas indispensables que se necesitan para la consecución de esta gran obra que sería el mayor orgullo y galardón de la España culta que ambicionamos y propugnamos.

ESTEBAN BLANCO XIMENEZ
Presidente del Centro Arqueológico Saguntino

